OTLOH DE SAN EMERANO

Vida de san Wolfgango

Vita S. Wolfkangi

SABBATISMUS

Otloh de San Emerano (c. 1010–c. 1070)
Vita S. Wolfkangi · Vida de san Wolfgango

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Prólogo a la Vida de san Wolfgango

Por la insistente exhortación de algunos de nuestros hermanos, yo, O., el último de los monjes de San Emerano, me vi obligado a reunir en uno la vida del bienaventurado Wolfgango, que nuestros predecesores habían descrito en dos librillos con materia a veces discordante y sin pulir, y a corregirla en un estilo algo más elevado. Muchas veces me resistí y, más por impericia que por malicia, rehusé la tarea de obra tan ardua. Pero ellos, aligerando con el auxilio divino lo que a mí me parecía dificilísimo para mis propias fuerzas, no desistieron de los ruegos comenzados hasta que prometí obedecer sus deseos o, al menos, intentarlo, creyendo sin duda que semejante exigencia no venía sin una señal de lo alto, pues dice la Sagrada Escritura: Nada se hace en la tierra sin causa (Job 5,6). Y cuál sea la definición de una causa razonable y fundada en alguna utilidad, nos lo enseña la doctrina de san Agustín: «La voluntad de Dios —dice— es la causa primera y suprema de todos los movimientos corporales y espirituales». Movido, pues, por esta fe y esta esperanza, procuré cumplir los ruegos de mis hermanos. En esta obrita, declaro, he procurado esto: que cuanto se había contado en igual sentido, pero parecía andar suelto en un estilo sin

enmienda y rústico, lo sometiera un tanto a la regla del arte gramatical y lo dejara en limpio para uso de los letrados. Pero donde el relato discrepaba, como en lo que se dice de que convirtió a la santa fe al rey y al pueblo de los húngaros y aun los bautizó, y en algunas otras cosas, puesto que no solo el otro librillo, a saber, el diálogo del monje Arnoldo escrito aquí entre nosotros, sino también las palabras de todos los que aún viven con nosotros y atestiguan haber conocido los hechos de san Wolfgango por el relato fiel de los padres, lo contradicen, me pareció que debía seguir los dichos y escritos de los nuestros, entre quienes sobre todo brilló el mencionado varón de Dios mientras vivió en esta vida, antes que los de los extraños. Porque el otro librillo, en que se halla tal discrepancia, fue traído de tierra de los francos. Me he esforzado también por añadir muchas cosas que no se hallaban en ninguno de los dos libros, conocidas por el testimonio de algunos fieles; y así, añadiendo unas cosas, suprimiendo otras dichas con fastidio o torpeza, corrigiendo muchas y anteponiendo además los títulos de los capítulos, os he obedecido, hermanos míos que me exigisteis esta obra, en cuanto lo permitió la pequeñez de mi pobre ingenio. Ahora, os lo ruego, dejad de exigirme cosa semejante.

Capítulos

1. De qué padres nació san Wolfgango, con qué conducta resplandeció desde la infancia y qué vio su madre acerca de él. 2. Relación acerca del sentido de su nombre, pues tales vocablos pueden tomarse en uno u otro sentido. 3. Con qué avidez, entregado a las escuelas, asimiló las letras. 4. Cómo acudió a Wurzburgo para estudiar con un tal Enrique, amigo suyo íntimo. 5. Cómo, por haber explicado a sus condiscípulos ciertos pasajes oscuros de Marciano, fue rechazado por el maestro de Wurzburgo. 6. Que el varón de Dios decidió renunciar al siglo, pero lo difirió por los ruegos de su amigo Enrique. 7. Cómo Enrique, hecho obispo de Tréveris, pidió a san Wolfgango que fuera con él y quiso hacerlo el segundo después de sí en toda la dignidad de su sede; pero él lo rehusó y apenas consintió en encargarse de enseñar a los muchachos. 8. Cómo el obispo Enrique, al saber de la conducta del santo varón, procuró confiarle alguna comunidad. 9. Cómo, muerto el obispo Enrique en Roma, Brunón, obispo de Colonia, llamó a sí a san Wolfgango. 10. Cómo el varón de Dios, despedido por el obispo Brunón, volvió a ver su patria y se encaminó a la vida monástica. 11. Cómo san Wolfgango fue ordenado presbítero por el bienaventurado Ulrico. 12. Donde san Otmaro, apareciéndose en visión al varón de Dios, le

predijo que recibiría el gobierno de un obispado y por cuántos años lo administraría. 13. Cómo, movido por revelación divina, se dirigió a los confines de Panonia para predicar, pero fue llamado de vuelta por Pilgrim, obispo de Passau. 14. Cómo, por gestión del mismo obispo, recibió el episcopado de la Iglesia de Ratisbona. 15. Cómo, viendo el descuido de la vida monástica en dicha ciudad, se dolió y, para enmendarlo, constituyó a Ramuoldo abad del monasterio de San Emerano. 16. De cómo algunos llevaron a mal que hubiera puesto un abad al frente de dicho monasterio. 17. Cómo condujo también a la regla de la vida monástica los monasterios de monjas de dicha ciudad. 18. Cómo procuró ordenar la regla de los canónigos. 19. Con qué gracia de predicación resplandeció. 20. Que, mientras predicaba el varón de Dios, un engaño del diablo hizo dispersarse al pueblo. 21. Cómo un necio que lo despreció en silencio fue al punto presa del terror y de la enfermedad, pero después recobró la salud. 22. De su conducta cotidiana. 23. Cómo amonestó a los sacerdotes rurales a que velaran sobre sí mismos. 24. Con cuánta solicitud lo enmendó al saber que algunos, por falta de vino, habían celebrado la misa con agua. 25. Que mostró misericordia tanto a los ajenos como a sus propios súbditos. 26. Con cuánta diligencia socorrió a muchos en tiempo de hambre. 27. Del pobre sorprendido en un hurto, a quien excusó y mandó dar vestidos. 28. Cómo refutó admirablemente con el mismo arte a un hereje que proponía con arte dialéctica ciertas palabras de error. 29. Cómo, a ruegos del

emperador Otón, consintió en que se creara un obispado en Bohemia, sujeta a la Iglesia de Ratisbona. 30. Que brilló por el espíritu de profecía. 31. Cómo el mensajero del santo obispo, que, robado su caballo, procuraba cumplir a pie sus órdenes, halló de repente un caballo ensillado. 32. Donde, en la expedición del emperador Otón, cuando muchos peligraban por la crecida de cierto río, él lo cruzó sin daño e hizo que otros lo cruzaran. 33. Del clérigo a quien, maldiciéndolo, causó dolor de ojos, pero después, bendiciéndolo, devolvió a su salud primera. 34. De una mujer endemoniada que fue curada. 35. Asimismo, de otra mujer endemoniada que fue curada. 36. Cómo devolvió la salud a su vicedómino, moribundo por el terror de los truenos y relámpagos. 37. De un enfermo de la iglesia de Rubiloco curado por su bendición. 38. Cómo, habiendo partido Danubio abajo hacia la región oriental de Baviera y sorprendido por una dolencia corporal, murió allí. 39. Cómo, tras la muerte del santo varón, llegando enseguida el obispo Hartwig y el conde Aribón, llevaron su cuerpo junto con el resto del pueblo a la ciudad de Ratisbona y lo sepultaron allí en la iglesia de San Emerano. 40. Del endemoniado que, llevado por los albañiles al lugar donde murió san Wolfgango, quedó sano al instante. 41. Del que llegó a su sepulcro ceñido de hierro, pero volvió libre. 42. Cómo, apareciéndose en visión al rey Enrique, le anunció la dignidad imperial mediante la inscripción del número seis. 43. De un ciego que recobró la vista. 44. De una mujer tullida curada

junto a su sepulcro. 45. Asimismo, de un enfermo curado por sus méritos.

VIDA DE SAN WOLFGANGO, OBISPO

1

El bienaventurado Wolfgango, pues, suabo de nación, nació de padres libres que, como Salomón desea para sí, no padecían ni riquezas ni pobreza, sino que vivían con moderación y rectitud. Desde los primeros rudimentos de la infancia, sediento de la fuente divina de la vida y despreciando todo lo caduco, comenzó a sobresalir por una gran prerrogativa de méritos y se esforzó por brillar con muchas virtudes. Se cuenta también que a su madre le pareció llevar una estrella en el regazo. Presagio que convenía, sin duda, a las preclaras virtudes del hijo. Pues fue uno de aquellos de quienes dice la Sagrada Escritura: Los que hayan sido doctos brillarán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan a muchos la justicia, como estrellas por eternidades perpetuas (Dan 12,3).

2

Nacido, pues, el niño, y recibida no mucho después la gracia del bautismo, fue llamado Wolfgango; nombre que él mismo interpretó. Pues en cierto armario que mandó construir, como era peritísimo compositor de versos, escribió entre otras cosas lo siguiente:

El monje Lobo Andante había mandado hacer esta casita.

Pero este nombre no se le impuso por ninguna señal de maldad suya, sino como apelativo acostumbrado en su linaje; porque también los nombres de las bestias pueden tomarse en uno y otro sentido. Pues el león significa a veces al diablo, como aquí: Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar (1 Pe 5,8); y no menos designa a Cristo, como en aquello: He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá (Ap 5,5); y la oveja se toma en buen sentido, como en aquello: Nosotros, tu pueblo y ovejas de tu pasto (Sal 79,13), y en mal sentido, como aquí: Como ovejas han sido puestos en el infierno (Sal 49,15); asimismo el patriarca Jacob a su hijo: Benjamín, lobo rapaz (Gén 49,27); y un poeta escribe así de san Pablo:

Oh Pablo, lobo rapaz, ¿qué quedará ya en el orbe / que no arrebate tu boca?

De aquí se ve que nadie es justificado ni reprobado por su nombre.

3

Creciendo el niño, crecía a la vez en él la gracia del Espíritu Santo. Pues, cuando tenía unos siete años, sus padres lo encomendaron a cierto clérigo para que aprendiera las letras, previendo como personas piadosas —y después lo comprobaron con gozo— que, por la continua intercesión de un hijo instruido, serían desatados de los lazos de los pecados en que se sentían envueltos. Y el niño,

de preciosa índole, comenzó a aprender las letras con tal avidez y memoria que, pasados pocos años, no solo penetró la superficie del sentido histórico, sino que escudriñó también la médula íntima de los misterios. Por eso ya no se contentó con aprender en lugares privados; sino que, llevado por su padre, fue adonde más florecía entonces el estudio de las escuelas en tierras de Germania, al lugar entre dos aguas, esto es, al monasterio de Reichenau. Allí, como la fama de su ingenio se oía desde hacía tiempo, fue recibido con agrado, y al poco tiempo los maestros, que habían advertido la agudeza de su capacidad, empezaron a mirarlo con admiración. Con todo, no se envanecía por tal eminencia con ningún fasto despectivo, sino que andaba con todos en concordia en la casa del Señor.

4

Por el mismo tiempo estaba en aquel lugar, por causa de los estudios, un tal Enrique, nacido de eximio linaje de francos y suabos, que, uniendo al dicho joven consigo con grandísimo amor, le rogó encarecidamente que fuera con él a Herbípolis, que la gente del campo llama Wurzburgo. Y lo persuadía con tanto mayor empeño porque su hermano, llamado Popón, tenía el gobierno de aquel obispado y había traído de Italia a cierto Esteban para la enseñanza de la escuela, capaz de satisfacer a cuantos deseaban aprender allí. Y como el mismo Enrique persistía en tales ruegos y le prometía todas las atenciones que exige la necesidad de estudiar y de vivir en tierra extraña,

al fin accedió a su petición. Llegados juntos a dicha ciudad, acuden al maestro de la escuela y, permaneciendo bajo su disciplina, lo tuvieron propicio algunos días.

5

Pero un día, cuando explicaba en Marciano, Sobre las bodas de Mercurio y Filología, cómo los nombres de ambos concordaban por la profundidad de su número, y no lo exponía con bastante cuidado, los jóvenes, como solían, acudieron a Wolfgango, varón de Dios, como a quien tenía entendimiento más agudo, y le pidieron unánimes que explicara la dificultad del número. Y él, benigno y docto como era, les dio a entender no solo lo que habían pedido, sino toda la sutileza de aquel pasaje. Al saberlo, el maestro, movido a ira, le prohibió con amenazas asistir más a sus lecciones. Y así el maligno enemigo, hallada esta ocasión, intentaba sofocar al siervo de Dios, tanto por sí mismo como por sus cómplices. Pero, en verdad, así como la llama agitada por los soplos del viento suele encenderse con más fuerza, así el ardor del sentido divino, que había crecido en el pecho de Wolfgango desde la niñez, no pudo extinguirse con ninguna lluvia de tentación. Desde entonces, pues, según él mismo confesaba —y todas sus palabras son dignas de crédito—, penetró los secretos de las Escrituras sin maestro de carne alguno, y su ingenio creció después tanto como dista el sol de invierno del de verano.

6

Madurando, pues, con tales progresos, el varón de Dios crecía cada día en virtudes, más robusto que sí mismo, y aun disponía en su corazón ciertas subidas desde el valle de lágrimas. Pues, si no lo hubieran retenido los ruegos de su amigo Enrique, con quien vivía en familiar compañía, habría renunciado del todo a los deseos del siglo. Pero, considerando de continuo que la caridad no busca lo suyo (1 Cor 13,5), sino lo del otro, aplazó por un tiempo lo que después cumplió con devoción.

7

Poco tiempo después, Enrique recibió de Otón el Grande el arzobispado de Tréveris, y rogó con insistencia al bienaventurado Wolfgango que fuera allá con él. Él resistió algún tiempo; pero, como no podía resistir de buen modo, no quiso rebelarse de mal modo. Partió, pues, con su amigo. Entonces el venerable prelado, deseando dar cumplimiento a la fuerza del íntimo amor que tenía al varón de Dios, quiso honrarlo con tantos beneficios y dignidades que en toda la jurisdicción de su obispado fuera tenido por el segundo después de él, antepuesto en dignidad a todos los demás. Pero el siervo de Dios, huyendo de la vanagloria y teniendo siempre ante los ojos aquella sentencia del Apóstol: Nada trajimos a este mundo, ni podemos llevarnos nada, y: Los que quieren hacerse ricos caen en los lazos del diablo (1 Tim 6,7.9), diciéndose indigno de tal honor, consintió al fin en que se le encomendaran los jóvenes estudiantes; siguiendo un prudente consejo, a saber,

que, comunicando a otros el gran talento de doctrina que Dios le había confiado, diera fruto como administrador fiel. En esta labor no quiso para sí ganancia ni paga alguna a la manera del siglo, sino que decidió trabajar para ganar a otros. Pues a ninguno de sus discípulos —a diferencia de muchos maestros, que suelen clamar aquel verso satírico:

Todos quieren saber, pero nadie pagar,

— exigía cosa alguna a título de remuneración, aunque muchos le insistían. Aún no ordenado presbítero, se abstenía sin embargo de carne, no buscaba vestidos preciosos y, entregado a vigilias, oraciones y ayunos, estaba enredado en los negocios del siglo solo con el cuerpo, no con el alma. A los jóvenes que había recibido para instruirlos no solo los ejercitaba en las doctrinas liberales, sino que los formaba también en la disciplina de las costumbres. Y para que veamos un poco cuán grande era su discreción: según oímos contar a sus discípulos, se moderaba de tal modo entre sus alumnos que, después de desentrañar a algunos más capaces todo lo difícil y profundo de las artes o de los autores, se volvía enseguida a los ignorantes y más sencillos y, a la manera de una nodriza, les preparaba y servía como un alimento lácteo de la historia. Además, cuantos pobres, privados de consuelos humanos, permanecían bajo su magisterio eran sustentados por él con alimento corporal no menos que espiritual.

8

Habiendo visto en parte y en parte sabido tan loable conducta, el arzobispo Enrique, tanto por sí mismo como por sus familiares, abordó al siervo de Dios, rogándole que tomara el gobierno de alguna comunidad, de clérigos o de monjes. Entonces él, con la acostumbrada excusa de la humildad, proclamándose indigno de toda elevación, obligado al fin por la sujeción de la obediencia, consintió en ser deán de los clérigos. Asumido este cargo, aunque contra su voluntad, fue terror para los irreligiosos y amor para los demás; a todos ellos, con amenazas tanto como con persuasiones, los hizo —cosa a que antes no estaban acostumbrados— comer juntos y dormir juntos y aplicarse a la lectura en el claustro, y los amonestó con dulzura a que, teniendo de sobra lo corporal, no descuidaran lo interior y espiritual; dándose en todo ello por ejemplo, de modo que ya todos decían que no era clérigo, sino monje.

9

Entretanto sucedió que el obispo Enrique, por mandato del emperador Otón, marchó a Roma con la expedición y, deteniéndose allí algún tiempo, enfermó gravemente. Y como desesperaba de recobrarse, llamó al emperador y le expuso las cualidades del bienaventurado Wolfgango, suplicándole que enviara a Tréveris cartas en que prohibiera que nadie agraviara a aquel siervo de Dios. Hechos estos ruegos, pagó la deuda de la muerte. Oída en Tréveris esta noticia, san Wolfgango primero se entristeció mucho, luego comenzó a consolarse, porque ya le era lícito

llevar a cabo lo que largo tiempo había meditado sobre el desprecio del siglo. Y cuando, firme ya su ánimo, quiso volver a su patria, Brunón, arzobispo de Colonia, que tenía también el ducado de Lotaringia, lo hizo venir a sí y, prometiéndole toda deferencia y aun el honor del episcopado, intentó retenerlo consigo. El santo lo rehusó, porque se había fijado en lo arduo. Con todo, vivió con él algún tiempo. Por eso después refería con frecuencia que rara vez había visto a nadie semejante al obispo Brunón en toda probidad. Merece notarse con razón cuán grande fue la perfección de este varón, a quien sonrió tanta prosperidad del siglo por la promesa de un insigne prelado —y muchas cosas más que sería enojoso escribir—, y que sin embargo no se apegó a ella. Pues es de gran mérito dejarlo todo y hacerse mendigo en este mundo.

10

El glorioso arzobispo Brunón, pues, advirtiendo que el varón de Dios quería emprender una vida más estrecha, lo despidió con amable júbilo para que se fuera según su deseo. Y él, al llegar a casa, fue recibido con amor por todos sus parientes y amigos, y salieron a su encuentro, por decirlo así, las sirenas, como a otro Ulises. Entonces toda la parentela y todo el linaje, prometiéndole la mejor porción de la hacienda heredada, y también muchos amigos, suplicándole que no los abandonara, le dicen: «En ti se apoya y descansa toda la casa». Ni faltaron quienes añadieran que la Escritura manda obedecer a los padres. Pero el

atleta de Dios, despreciándolo todo, les opuso las palabras del mismo Señor nuestro Jesucristo, que dice: El que ama al padre o a la madre más que a mí no es digno de mí (Mt 10,37). Quizá había leído lo que san Jerónimo escribe a cierto amigo: «Aunque tu sobrinito se cuelgue de tu cuello, aunque tu madre, suelto el cabello y rasgados los vestidos, te muestre los pechos con que te crio, aunque tu padre se tienda en el umbral, pasa por encima de tu padre y sigue más deprisa; vuela con los ojos secos al estandarte de la cruz. En este caso, ser cruel es la suma piedad». Contemplaba también a Juan el Bautista, que, aunque su madre era santa y su padre sacerdote, los dejó a ambos y se retiró al desierto, para no mancharse viviendo entre los hombres. Movido, pues, por tales ejemplos, llamó aparte a sus padres y se dice que les habló así: «La porción de bienes que habíais dispuesto darme, repartidla entre vosotros. Porque hay un señor poderosísimo y rico que me ha prometido un gran patrimonio, si quiero servirle fielmente; en él está la porción de mi herencia, y él es quien me restituirá mi herencia (Sal 16,5). Pues creo que me dará un beneficio tan cumplido que podré prestaros a vosotros también alguna ayuda. Por eso os ruego que no estorbéis con lastimeras quejas la promesa de tan gran beneficio, sino que preparéis lo necesario para ello. Porque tal señor no busca un servidor negligente, sino diligente». Al punto, más animados, los padres le preguntan el nombre y el lugar adonde quería ir. Él les dijo: «Ahora no podéis saberlo, pero después lo sabréis». Después, como le preguntaran si

se dignaría llevar consigo a alguno de los suyos, se negó en redondo. Pocos días después tomó consigo a dos jóvenes y a su Isaac espiritual —es decir, su voto—, que quería ofrecer a Dios en holocausto, y llegó al monasterio de los solitarios situado en una selva tenebrosa. Allí, en efecto, eligió dirigirse el siervo de Dios por la disciplina más estrecha de la regla que se sabe que allí se guarda. En aquellos días presidía como padre espiritual a los monjes de aquel lugar un hombre nacido de la nación de los ingleses, llamado Gregorio, que en sus años juveniles, dejando patria, padres y aun a la mujer que le estaba prometida, había corrido al monasterio. Su religiosísima vida la pasamos por alto, porque no es necesario referirla aquí, para no desviarnos de nuestro propósito. A la dirección de este abad se encomendó, pues, Wolfgango, siervo de Cristo; se despojó del hombre viejo con sus obras y se revistió del nuevo con el hábito de la vida monástica. Con cuánto rigor y con qué observancia vivió en ella, lo muestran tanto el fruto de sus virtudes como la salvación de muchas almas. Y así, cumplido el tiempo de su noviciado, muchos de los monasterios vecinos, alcanzados por la fama de su virtud, acudieron a él. A todos ellos, con licencia del abad, los edificó en la doctrina de los autores y de las artes y, lo que está por encima de ellas, en la disciplina de las costumbres.

11

Por el mismo tiempo, el bienaventurado obispo Ulrico, cuya santidad perfuma toda Europa,

llegó, según su costumbre, a aquel monasterio para visitar a los hermanos. Y deteniéndose allí algunos días, conocidas las cualidades de san Wolfgango, procuró abrazarlo y honrarlo con gran afecto de caridad. No mucho después, aunque se resistía, lo ordenó presbítero. Entonces el varón de Dios, elevado a la dignidad del sacerdocio y deseando cumplir lo que su nombre significaba, escardaba su espíritu con toda azada de humildad; y así, por los votos que pronunciaron sus labios, ofrecía fielmente holocaustos llenos de médula; y porque procuraba ofrecerse cada día a Dios con tal contrición, mereció ser elevado con la gracia de una visión divina.

12

Pues, mientras oraba sin cesar por su salvación y la de los demás y encomendaba con el mayor empeño tales preces a los sufragios de los santos, vio en sueños junto a sí al bienaventurado Otmaro, confesor de Cristo, a quien con muchísima frecuencia se encomendaba a sí mismo y sus cosas. Mandado prestarle atención, recibió de él estas palabras: «Puesto que me has rogado que interceda por ti, te manifiesto ahora algunas cosas futuras que te sucederán por el cuidado de mi intercesión. Pobre y necesitado saldrás de esta provincia; pero en otra, en la que vivirás desterrado por amor del Señor, recibirás por predestinación divina un obispado bastante rico en bienes perecederos. Si te muestras fiel en su administración, cumplidos veintidós años saldrás de la vida transitoria y entrarás en la eterna. Y ten esto por

cierto sin ninguna duda: que entregarás el alma a su Creador en un lugar donde los cristianos veneran y honran mi memoria en el nombre de Cristo. Allí espero llegar a ti en la hora de tu salida del Egipto de este mundo, junto con los demás ciudadanos del cielo que habrás merecido tener por consoladores que vengan a ti».

13

Recibida, pues, esta visión, tanto más fijaba la mirada de su mente en el espejo de la contemplación divina cuanto más cierto estaba de ella, considerando de continuo consigo cómo duplicaría, para la salvación de los demás, el talento que se le había concedido. Por esta razón, con licencia de su abad, dejó el monasterio, pero no al monje; más aún, deseando, según el Apóstol, aspirar a los carismas mayores (1 Cor 12,31), llegó desterrado por Alamania al Nórico. Dirigiéndose con un humilde séquito a su región oriental, se encaminó a los confines de Panonia para predicar. Allí, mientras se afanaba en vano por arrancar los matorrales de los antiguos errores, roturar con la azada evangélica los campos estériles de los corazones yermos y sembrar el grano de la fe, fue llamado a desistir de la obra comenzada por Pilgrim, obispo de Passau. Porque le dolía a aquel obispo que tan gran labrador gastara su trabajo en surcos estériles. Y llamado de vuelta por él y recibido con todo esmero de humanidad, a ruegos suyos se quedó con él algunos días.

14

Aquel obispo aprovechó muy bien este tiempo de su estancia, como hombre lleno de toda sagacidad; según enseña el Apóstol: Probad los espíritus, si son de Dios (1 Jn 4,1), observando en lo oculto y en lo manifiesto su servicio divino y escudriñando con asiduidad la Sagrada Escritura, comprobó suficientemente que aquel peregrino que había acogido no era un girovago, sino un firme familiar de la verdadera fe. Por eso habló con familiaridad a algunos de los suyos, diciendo: «¡Oh, cuán feliz la iglesia que, si Dios quiere, recibirá en don a este sacerdote! Me parece, pues, muy necesario y útil pedir para este siervo de Dios el gobierno del obispado de Ratisbona; porque conviene sobremanera que, donde abunda la buena voluntad, la haga también avanzar hacia las buenas obras una facultad bien otorgada. Pues el don que este hombre quiso sembrar en los corazones endurecidos de los paganos, y el servicio de salvación que rechazó su ceguera, quizá algún día, cultivando él mismo el campo del Señor, dará su fruto en los pueblos cristianos». A esto respondieron algunos: «¿Cómo puede ser que este pobre y desconocido llegue al honor de tan gran obispado, cuando ya algunas personas célebres y más conocidas podrían obtenerlo del emperador con más títulos?». Él les dijo: «Los juicios divinos y los humanos se muestran muy distantes entre sí. Porque el que escruta los corazones y las entrañas eligió desde el principio del mundo lo despreciable y lo innoble para confundir a lo fuerte (1 Cor 1,27-28); el mundo, en cambio, ensalza con soberbia lo suyo por una hora, y

en breve lo abate con confusión. Por eso juzgo que vale la pena pedir, con ayuda del margrave, por cuyo consejo suele hacer el emperador muchas cosas, que no eleve a nadie a dicho obispado por ambición, sino que, en vista de la recompensa eterna, a quien halle humilde, modesto y docto y compruebe que es apto para los oficios eclesiásticos, a ese, sea cual sea su condición o linaje, lo haga promover a la cumbre de la Iglesia». ¿Para qué más? Por la embajada del obispo y la sugerencia del margrave, el emperador Otón II, mirando por su provecho y el de la Iglesia —o, por decirlo con más verdad, movido por la voluntad de Dios, en cuya mano está el corazón del rey (Prov 21,1) —, apartó a todos los que se afanaban por conseguir aquel obispado y se volcó por entero en la elección del venerable varón Wolfgango. Y así envió en seguida legados para que aquel siervo de Dios fuera elegido para ocupar la cátedra episcopal y luego, quisiera o no, fuera conducido a Fráncfort, donde el emperador iba a celebrar la Natividad del Señor. Los legados, yendo como se les había mandado, lo hallaron residiendo con el mencionado obispo, pero pensando ya en regresar a su patria. Porque ignoraba lo que se había hecho en su favor, y por eso tenía puesto el ánimo en otra parte. Y cuando los legados le indicaron por qué habían venido, primero se recogió en el santuario de su corazón, encomendándose a sí y sus cosas a Dios en lo íntimo; luego, exponiendo el motivo de la embajada al obispo Pilgrim, por cuya caridad estaba allí retenido, dijo: «Esta novedad que me ha llegado por los mensajeros del

emperador es obra, a lo que creo, de tu caridad. Pero, aunque infunda temor a mi pequeñez, que la piedad divina te pague el premio de la buena voluntad con que discurriste cosas tan grandes». Entonces, emprendiendo el camino con los enviados del emperador, marcharon a la ciudad de Ratisbona; allí el clero y el pueblo, como el emperador había pedido, eligieron unánimes a san Wolfgango según la costumbre de la Iglesia. Y así lo enviaron a la corte real con una embajada de todos. Y cuando fue llevado a la presencia del emperador, postrado a sus pies en actitud de pedir perdón, se declaró indigno, indocto, de linaje oscuro, y dijo que, viviendo bajo la profesión de monje, no debía aceptar nada sin licencia de su abad; por último, le imploró que no le dejara profanar un lugar santo con su vileza. Pero el emperador, viéndolo rehusar tan santamente, quedó más seguro aún del valor de su probidad, porque reconoció en él algo singular, y le encomendó el obispado, aunque él se resistía y gemía mucho. Luego, despedido con un séquito fiel de muchos, entró en Ratisbona, donde fue recibido con cantos de alegría y voces de júbilo, entronizado a la manera de los obispos, encomendado al Pastor supremo por el clero y el pueblo, y a los pocos días consagrado allí sacerdote apostólico por el arzobispo Federico y sus sufragáneos. No queriendo llevar esta consagración como un nombre vacío, cultivó día y noche con el mayor empeño el oficio pontifical. Pues no quiso cambiar el hábito monástico por la cumbre episcopal, sino que la humildad que tenía por dentro la mostró por

fuera con el resplandor de las buenas obras. Recordando también la sentencia que dice: ¿Te han hecho jefe? No te engrías; sé entre ellos como uno de ellos (Eclo 32,1), no buscaba dominar sobre el clero, sino que procuró ser modelo para la grey del Señor, meditando sin cesar lo que se dice por el profeta Ezequiel contra los malos pastores: ¡Ay de los pastores que se apacentaban a sí mismos y no a mis rebaños! (Ez 34,2).

15

Examinados y conocidos los asuntos del obispado, el bienaventurado obispo Wolfgango, al ver la irreligiosidad de la vida monástica en la ciudad de Ratisbona, se dice que repetía con frecuencia entre suspiros: «Si tuviéramos monjes, lo demás sobraría». Y como algunos de sus familiares le respondieran que en muchos lugares abundaban los monjes, decía con dolor y lágrimas: «¡Oh, cómo ha desaparecido el santo! ¡Oh, cómo han menguado las verdades entre los hijos de los hombres! (Sal 12,2) ¿De qué sirve llevar el hábito de la santidad sin las obras? Los monjes regulares se igualan a los ángeles bienaventurados; los monjes seglares, en cambio, a los apóstatas». Hablaba así porque veía que los monjes establecidos en el monasterio del bienaventurado mártir Emerano carecían de abad y estaban como ovejas errantes sin pastor. Pues desde hacía mucho tiempo era costumbre en la Iglesia de Ratisbona que unos mismos fueran obispos y abades. Y esto sucedió porque los obispos, obteniendo dicho monasterio de los emperadores o los reyes y so-

metiéndolo al arbitrio de su poder, una vez muerto el que hallaron, no cuidaron de poner en adelante ningún abad, temiendo, sin duda, que, si se ponía al frente del monasterio un pastor y rector según el uso de la vida regular, disminuyeran su abusivo poder o el servicio que se les prestaba. Así pues, como de ese modo los obispos retenían y malbarataban los bienes del monasterio y no se cuidaban de proveer a los monjes de lo necesario, les daban licencia para adquirir de donde pudieran lo que les faltaba en comida y vestido. Doliéndose de todo ello y queriendo enmendarlo, el santo obispo envió al monasterio de Tréveris donde reposa corporalmente el bienaventurado Maximino, y de allí llamó a un hombre esforzado en la disciplina regular, llamado Ramuoldo, que en otro tiempo había sido su compañero de capellanía bajo el arzobispo Enrique. Tomándolo, pues, consigo, primero lo constituyó preboste, y después lo ordenó abad en el monasterio de San Emerano.

16

Llevándolo a mal algunos de sus consejeros, decían: «¿Por qué pierdes para ti y para tus sucesores los bienes que pertenecen a San Emerano? Muchos te alaban, pero en esto no te alaban; antes bien, te censuran. Ejerce, pues, el oficio de obispo y de abad, como acostumbraron a hacer hasta ahora tus predecesores, para no verse privados del provecho de ciertas rentas. Porque semejante necedad ha de sazonarse con la sal de la sabiduría». Él les respondió diciendo: «No

me avergüenzo de que me llamen necio y tonto por el Señor. Pues conozco aquella palabra del Apóstol: La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (1 Cor 3,19). Y quiero que sepáis esto: que nunca me impondré una carga que no puedo llevar, atribuyéndome a la vez el nombre de obispo y de abad. Porque así como, según atestigua el bienaventurado Gregorio, es indecoroso que en el cuerpo humano un miembro desempeñe el oficio de otro, así es sin duda dañoso y a la vez vergonzosísimo que los diversos ministerios no se distribuyan entre otras tantas personas. Le basta al obispo con dedicarse con suma vigilancia al oficio pastoral, y es bastante trabajoso para el abad procurar la salvación de los hermanos y administrar bien en todo los asuntos de su monasterio. Por eso también él debe repartir los oficios entre los hermanos, para aligerar sus cargas. Por lo demás, para responder a lo que habéis propuesto: los bienes del bienaventurado mártir Emerano, que os quejáis de que echo a perder, no quiero perderlos, sino conservarlos de todos modos para aquel a quien fueron dados y para uso de los siervos de Dios. Pues así me sirven mejor: si se dan en abundancia a aquellos a quienes están destinados y que de ellos han de ser provistos». Cuando san Wolfgango hubo dicho estas y otras muchas palabras semejantes, se cerró la boca de los que hablaban iniquidad (Sal 63,12), de modo que alababan lo que antes censuraban, diciendo: «Has antepuesto, como es justo, lo divino a lo humano; has mostrado la frivolidad de nuestro razonamiento y la excelencia de tu sabiduría.

¿Qué nos queda ya por hacer, sino alabar juntos al Señor, que ha dado a su Iglesia un obispo tal y tan grande como tú? Con razón alabamos por ti al Señor para siempre; con razón te obedecemos en todo de todo corazón». Constituido así abad Ramuoldo, no permitió el bienaventurado Wolfgango que ni él ni los monjes a él confiados se vieran apurados por escasez alguna de víveres; sino que, cuidando de los cuerpos igual que de las almas, entregó para uso y posesión de los monjes tales y tantas fincas que, sin duda, de ellas podían sustentarse y proveerse suficientemente no solo los monjes, sino también los huéspedes, los pobres y los servidores del monasterio.

17

Después de esto procuró también llevar a la norma de la vida regular otros dos monasterios de vírgenes establecidos en la ciudad de Ratisbona, a saber, el Monasterio Superior y el Inferior. Porque, como vivían bajo los estatutos de la vida canónica y, como si fuera lícito, se entrometían por todas partes en negocios seculares, por esta causa sobrevenían entre ellas muchísimos daños de la vida espiritual. Considerando de continuo todo esto el bienaventurado obispo y trabajando largo tiempo en vano por corregirlo, pensó establecer vírgenes de profesión monástica en algún lugar de su jurisdicción, para que, llevadas estas, súbditas suyas, a la vida regular, las otras se movieran más fácilmente con su ejemplo a la misma observancia: y así se hizo. Pues dentro del recinto de la misma ciudad, junto a San Pablo, dispuso

una comunidad de monjas; y viéndolas, también las demás comenzaron a cambiar. Además, el mismo santo obispo, suplicando sin cesar a Dios por ellas, mereció verse fortalecido tanto por revelación divina como por autoridad humana. La revelación divina acerca del Monasterio Inferior sucedió, según hemos oído, de este modo. Solía el mencionado obispo visitar con frecuencia, tanto de noche como de día, todos los monasterios situados en la ciudad, y permanecer allí algún tiempo, a la vez para orar y para averiguar cómo se celebraba allí el servicio divino. Y hallándose de este modo cierta noche en el Monasterio Inferior, donde reposa corporalmente san Erardo, cuando de pronto se quedó dormido se le apareció el mismo san Erardo, como vestido con un ropaje mojado, y le dijo: «Sabe que soy favorecedor de las preces que procuras ofrecer sin cesar a Dios por la salvación común. Por eso, así como yo atiendo a las tuyas, te ruego que tú satisfagas mis deseos en este lugar. Pues el que me veas vestido con un ropaje mojado, sabe que viene de que estoy empapado por las lágrimas de las monjas que aquí moran, lágrimas asiduas, sí, pero, ¡ay dolor!, tan vanas que desde hace mucho tiempo no se enmiendan en nada ni cuidan de abstenerse de los vicios por los que me derraman esas mismas lágrimas y preces. Por tanto, destruye los estatutos de la vida canónica, que han dado ocasión a tanta negligencia como hasta ahora ha habido aquí, e instaura la disciplina de la vida monástica». Cerciorado por esta visión, san Wolfgango se aprestó con suma devoción a instituir allí la observancia

monástica. Y qué prodigio de oráculo celestial recibió el venerable obispo cuando instituía la vida monástica en el Monasterio Superior de vírgenes, lo declaran las palabras que siguen. Llegando allí, pues, según su costumbre, y preparándose para celebrar el oficio de la misa, tomó ciertas reliquias de santos que allí eran tenidas en grandísima veneración y las puso en el lado izquierdo del altar en que iba a celebrar la misa. Después, postrándose en oración, pidió a Dios con íntimas súplicas que, puesto que la parte izquierda significa la vida secular y la derecha la espiritual, si le agradaba que allí se cambiase la institución canónica, que arrastra hacia la izquierda a todos los negligentes, y se instituyese la vida monástica, que corre hacia la derecha, se dignara revelarlo de tal modo que, antes de que él terminara de celebrar la misa, trasladara aquellas reliquias, por un signo de su gracia, del lado izquierdo al derecho del altar. Terminada esta oración, comenzó a celebrar la misa. Entretanto, conforme a las preces del santo varón, se vio que las reliquias de los santos eran trasladadas desde el cielo, sin contacto humano alguno, del lado izquierdo al derecho del altar. Visto este milagro, dio gracias a Dios y sin vacilar instituyó también allí la vida monástica. Así, pues, el bienaventurado Wolfgango mereció ser instruido por revelación divina acerca de la institución monástica de las vírgenes. Y a esta revelación se sumó también, cooperando, la ayuda humana de este modo. Pues en el mismo tiempo en que sucedía lo dicho, Enrique, padre del emperador Enrique, tenía el gobierno del ducado de

Baviera. Siendo, pues, celoso cultor de la religión divina, encomendó este oficio al bienaventurado Wolfgango, tanto rogándole como mandándole, que instituyera la disciplina de la vida monástica en los mencionados monasterios de doncellas. Fortalecido así por todas partes con tal autoridad, el varón de Dios insistía con tanto más empeño cuanto con más libertad podía, para instituir una sola y misma regla y disciplina de santidad en todos los conventos de vírgenes situados en la ciudad, estuvieran bajo jurisdicción ajena o bajo la suya —pues los dos antes nombrados estaban sujetos al duque, y el tercero, es decir, el convento de San Pablo, al obispo—. Y por el don de la gracia divina y la corrección del bienaventurado Wolfgango, se afianzaron tanto en aquellas monjas la observancia de la castidad y la profesión de la vida regular, que el mismo duque, compungido de amor divino, unió a su comunidad a su hija, llamada Brígida. Y hasta el día de hoy, con la ayuda de sus méritos, florecen con tal acrecentamiento de virtudes que parecen ser espejo entre las demás monjas. Lo mismo puede decirse con justicia de los monjes de San Emerano mientras los gobernó el abad Ramuoldo, a quien él mismo puso al frente de ellos. Pero después de su partida y la de aquellos a quienes él había formado, entonces, por exigirlo los pecados, así como en otro tiempo, muerto José, los hijos de Israel eran oprimidos en Egipto con dura servidumbre corporal, así también los monjes de San Emerano, sucediéndose muchos falsos superiores, fueron quebrantados con toda clase de ruina de la vida

espiritual. Pero, dejando esto, volvamos a nuestro propósito.

18

Así pues, después de haberse afanado san Wolfgango del modo ya dicho en la institución monástica, se aprestó con no menor empeño a establecer la regla del orden canonical. Como lo halló abandonado por la invalidez de su predecesor, el obispo Miguel, procuró enmendarlo con toda sagacidad y diligencia: primero, proporcionando abundantemente a los canónigos lo suficiente en comida y vestido; después, proveyéndolos de custodios idóneos que vinieran tras él. Dispuso también que comieran juntos en el refectorio, que durmieran juntos, que no salieran del claustro a horas impropias y que no se atrevieran a quebrantar las normas del silencio. A los jóvenes les mandó asistir a los estudios de la escuela, y a los mayores dispuso que se dedicaran a la salmodia, a las lecturas o a las oraciones. Y para que los jóvenes fueran más ágiles en adquirir los conocimientos de la ciencia liberal, quería ver con frecuencia sus tablillas de escritura. A muchos de ellos los estimuló con beneficios para que aprovecharan; a los perezosos y negligentes, en cambio, los reprendió.

19

Ordenados así razonablemente los asuntos monásticos e interiores, el discreto servidor de Dios no dejó en modo alguno de proveer a los

exteriores; sino que, así como había dado enseñanzas a los de la ciudad y a los monjes, así también, recorriendo toda su diócesis, roció a todos con el perfume de la predicación saludable. Por eso, cuando había celebrado según costumbre la solemnidad de la misa, acostumbró de tal modo al pueblo a frecuentar las iglesias que en los días de fiesta apenas parecían quedarse en casa los guardianes. Pues a la dulcísima exhortación de tan gran obispo solía acudir a porfía una multitud de ambos sexos, atraída allí por la fragancia de los aromas celestiales, como las abejas, a las que el olor de la miel parece arrastrar tras de sí. Deseando sobre todo serles apto y útil, el piadoso Padre apenas usaba de sentencias intrincadas y sofísticas al tratar del reino de los cielos, sino que templaba la dulzura de su boca melificada con cierta inefable austeridad, de modo que con el modo de hablar más sencillo y mejor parecía tocar lo íntimo del pensamiento de cada uno, y con tal arte arrancaba de los ojos de muchos lluvias de lágrimas. Pues había recibido del Espíritu Santo esta gracia: que quienes lo asistían mientras predicaba y lo escuchaban con atención rara vez o nunca se apartaban de su predicación sin derramar lágrimas. Herido en su malicia por este grandísimo bien, concedido por el dador de todos los bienes, el enemigo de la salvación humana ejercitaba contra él, con todas las fuerzas que podía, la envidia que siempre tenía.

20

Pues un día, mientras predicaba al pueblo según su costumbre en la ciudad de Ratisbona, el diablo levantó de repente un torbellino, y con el torbellino un tumultuoso alboroto, y con el alboroto un confuso murmullo y griterío del pueblo; produjo además un estruendo enorme sobre el techo de la iglesia y, esparciendo polvo y niebla dentro de la iglesia, derramó sobre la vista de algunos una oscura tiniebla. Aterrado el pueblo por estas cosas vistas y oídas de improviso —o, lo que era peor, casi fuera de sí—, comenzó a correr de un lado a otro, sin saber hacia dónde podía volverse con más seguridad y acierto. Entretanto se oían voces de unos que decían: «¡Un gran incendio se ensaña en la ciudad!», y de otros que gritaban: «¡Mirad, ha estallado una sedición y degüellan a muchos a espada!». Y después de mucho trabajo, aunque en vano, por calmar tales gritos, al fin los que habían sido burlados por tan grandes maquinaciones del enemigo salieron en tropel de la iglesia, de modo que apenas quedaron unos pocos en ella. Entonces el obispo, a quien la conmoción de tan gran tempestad no pudo apartar de allí, clamó y dijo: «Señor Jesucristo, concede a tus fieles tu gracia acostumbrada, para que hoy vean la gloria de tu nombre y la confusión del diablo». A estas palabras siguió la serenidad del aire, y a la serenidad, el regreso del pueblo a la iglesia. Derramándoles enseguida las palabras de la sagrada doctrina, el venerable obispo les aprovechó tanto aquel día, infundiéndole la gracia del Espíritu Santo la dulzura de la palabra, que venció o puso en fuga manifiestamente al

enemigo que, con el exceso de su perturbación, había dañado por un momento a casi todos. Por eso, después, la devoción de los fieles comenzó a tener por ley esta costumbre: en las estaciones precedían y seguían en tropel al obispo, y acogían con sumo afecto la dádiva de su predicación.

21

En otra ocasión, mientras el bienaventurado Wolfgango celebraba la solemnidad de la misa en la basílica de san Pablo apóstol, estaba presente, como de costumbre, mucha gente. Y como uno de los presentes, un caballero necio, lo mirase primero vestido con ropa humilde y luego lo viese revestido de los ornamentos sacerdotales, lo despreció con plebeya estupidez y, murmurando con la boca del corazón, dijo: «¡Oh, cuán necio fue el emperador en aquel tiempo en que, al promover a un obispo, prefirió a este andrajoso y despreciable antes que a las personas poderosas que abundan en las tierras de su dominio!». Esta murmuración, el que conoce los pensamientos de los hombres la reprendió en el mismo instante con clemencia y la puso de manifiesto para enmienda de este vicio. Pues así como en el Evangelio el Señor respondió a los pensamientos, así no ocultó por mucho tiempo la murmuración pensada de este hombre, para que él fuera corregido en el acto y los demás evitaran en adelante el mal de la murmuración. En efecto, presa de repente de un terror desmedido, apenas pudo seguir sentado aun sostenido por los presentes. Cuando su señor lo vio tembloroso y pálido, acudió enseguida y le

preguntó qué tenía o qué padecía. Entonces él, llamando a unos sacerdotes, confesó que había pensado mal contra el varón de Dios y que por eso había sido herido de un temor peligroso. Al oírlo, su señor, pensando que podría curarse con un remedio fácil, partió a su casa, lo llevó consigo y, reteniéndolo algunos días, le prestó cuidados. Pero como no había modo de curarlo allí, lo trajo de nuevo a la ciudad de Ratisbona, donde le había sobrevenido aquella enfermedad. Acudiendo allí al obispo, cuando quería exponerle la desgracia del enfermo y su propia queja, el varón de Dios se adelantó a sus palabras y dijo: «Calla, sé lo que quieres». Y volviéndose a su vicedómino Tagino, dijo: «Hermano, toma el agua bendita que está junto a mi lecho y rocía con ella al hombre que está a la puerta de mi aposento». Él, obedeciendo la orden, roció al hombre con agua bendita. El obispo, por su parte, haciendo la señal de la cruz hacia la puerta, pronunció en silencio ciertas palabras saludables, y el hombre quedó sano en aquella misma hora.

22

Parece que ahora debe decirse con qué norma de vida se sujetaba cada día a sí mismo. Pues vivió con tal observancia que con razón puede divulgarse como materia de ejemplo. Porque, aunque no conocemos todos sus hechos y no podemos referir dignamente los que conocemos, intentaremos, sin embargo, expresar como podamos unos pocos de entre muchos. Después de recibir la cumbre del episcopado, no se contentó con

vestidos mejores, ni con manjares más delicados, ni con lechos más blandos que antes. Hecho obispo, perseveraba en las vigilias y oraciones a que antes estaba acostumbrado. Pues muchas veces, hacia la medianoche, se levantaba del lecho tan a escondidas que rara vez lo advertía alguno de los que dormían delante de él; y entrando en la iglesia, la cerraba de tal modo que nadie podía saber lo que hacía dentro. Allí, pues, permanecía velando hasta la hora de maitines. Terminados los cánticos matutinos, si aún no amanecía, dormía un poco vestido para reponer los miembros cansados; y todo esto lo hacía en silencio, como si estuviera en el claustro. Y cuando era necesario que hablase después de prima —pues antes se dedicaba a la lectura—, era gratísimo en la conversación común, y en tratar y disponer los asuntos, previsor por la agudeza de su consejo. Y con cuánta reverencia celebró los sacramentos del cuerpo y la sangre del Señor, y con cuántos suspiros y lágrimas se inmoló al sumo sacerdote con espíritu contrito, nos es imposible referirlo. Además, en el tiempo de la comida vigilaba no solo a sí mismo, sino también a los comensales, para que no se atiborraran con la embriaguez; y mientras los demás comían con avidez, él probaba con más parquedad, atento más bien a la lectura, que quiso que acompañara siempre su comida. Los mendigos y los pobres, a quienes él llamaba señores y hermanos, se sentaban en bancos delante de él, para que pudiera observar con cuidado cómo se les servía. Creyendo que en ellos recibía a Cristo, solía honrarlos y alimentarlos de

todas las maneras. Si por casualidad había más, se hacía entrar a los más pobres. Sin embargo, ninguno de los que se quedaban fuera se iba vacío sin los dones de la limosna, porque de todos los manjares que se llevaban a su mesa se reservaba una porción tan grande que se alimentaban no solo los pobres que quedaban fuera, sino también los que vivían en las moradas de alrededor. Al levantarse de la comida, empleaba en leer el resto del tiempo. Terminadas las alabanzas vespertinas, si no lo impedía un ayuno prescrito, cenaba por los que vivían con él. Allí había gran reverencia y ninguna vanidad. Después de completas no hablaba absolutamente nada, sino orando. Tal era, pues, su costumbre cotidiana.

23

Entre estas cosas, el egregio pastor averiguaba también con solicitud con qué cuidado bautizaban los sacerdotes rurales al pueblo de Dios y enseñaban a sus súbditos; examinaba con qué diligencia trataban los vasos sagrados, las vestiduras de la misa, los libros y la custodia del crisma; y, sobre todo, les inculcó mil veces que guardaran la castidad, y añadía entre otras cosas: «Algunos se dejan engañar de tal modo por los embustes del diablo que creen que, aunque yazcan en pecado, quedarán purificados al recibir aquel sacrosanto alimento y bebida». Aducía también el testimonio profético, diciendo: Mi amado ha obrado el mal en mi casa; ¿acaso las carnes santas lo purificarán? (Jer 11,15); y aquello otro: Cubríais de lágrimas mi altar, dice el Señor, pero no miraré el

sacrificio ni aceptaré nada de vuestra mano (Mal 2,13). «Así pues, quien esté en la inmundicia, dé honra a Dios y no se atreva a acercarse con desvergüenza a su sacramento hasta que lave con la penitencia las manchas de la impureza».

24

En tiempos de este santo obispo sucedió que, por escasez de vino, algunos celebraban los sacramentos de la misa con agua o con otras clases de bebida. Al saberlo, el varón de Dios derramó tal lluvia de lágrimas que se creyó que perdería la salud corporal. Y después de herir con agudas reprensiones a quienes se atrevían a tales cosas, y de oír sus excusas, aunque vanas, de que no podían conseguir vino, cortó al punto toda ocasión de este abuso de este modo. Mandó, en efecto, que cada mes vinieran doce presbíteros, recibieran vino de su bodega y lo repartieran entre los demás. A esta caritativa distribución se aplica con propiedad aquel versículo del salmista: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos (Sal 112,9).

25

Mientras el pastor espiritual velaba con tal custodia sobre la grey que se le había confiado, mostraba también entrañas de misericordia a los que estaban bajo la tutela de otros obispos. Pues si alguno de ellos le hacía saber que padecía algún quebranto en las cosas divinas o en las humanas, compadeciéndose no menos que quien lo sufría,

le prestaba ayuda de palabra y de obra. Y como sus familiares murmuraban a menudo por qué lo hacía, pues a cada uno debía proveerlo su propio pastor, respondió diciendo: «Limosna es palabra griega, y entre nosotros se traduce "obra de misericordia". Pues todas las buenas obras que hacen los fieles en esta vida presente se reúnen bajo este solo nombre. Pues ejerce convenientemente la obra de misericordia quien primero no deja que él mismo y los otros que le están sujetos en el Señor padezcan necesidad, con una conducta agradable a Dios, y luego, como dice el Apóstol: Mientras tenemos tiempo, obremos el bien con todos (Gál 6,10), no cesa de ayudar a sus prójimos».

26

En cierta ocasión, como la crudeza del hambre afligía a muchos mortales y por esta necesidad acudía al bienaventurado Wolfgango una multitud innumerable de gente, él convocó a sus prepósitos y les mandó que dieran a cada uno que viniera de regiones lejanas cuanto quisiera, pero con esta condición: que al volver a casa dieran a los pobres la mitad de aquel grano; y a los mismos dispensadores los obligó con juramentos estrictísimos a no aceptar regalos por esta distribución. Y como en aquel mismo tiempo de hambre unos mercaderes, que iban a comprar trigo, hubieran pasado con sus carros por donde moraba el santo obispo, al saber enseguida que el obispo estaba allí, escogieron unos vasos hermosos de los que se usan para servir la bebida y se los enviaron como ofrenda. Él, con el rostro alegre que tenía, man-

daba aceptar los vasitos, pero los devolvía llenos de comida y bebida, dando las gracias. Después, consolados con una dádiva de trigo en la forma antes dicha, los despedía gozosos.

27

Y para que pueda conocerse aún mejor la bondad del santo obispo, sépase un hecho memorable suyo. Como siempre había pobres viviendo en su vecindad, uno de ellos, entrando en su aposento, cortó un trozo no pequeño de la cortina que colgaba junto a su lecho y huyó a toda prisa. Uno de los criados de la casa, viendo lo que había pasado, siguió paso a paso al culpable y, atrapándolo, como no se atrevió a azotarlo, lo presentó al bienaventurado varón. Hecho esto, los presentes insistían en pedir que aquel culpable fuera castigado con duros azotes. Pero aquel hombre manso, a quien está confiado el pobre y que fue siempre amparo del huérfano (Sal 10,14), excusó al culpable con ciertos alegatos retóricos, afirmando que la culpa mayor era de quienes debían haber vigilado el aposento. Luego, volviéndose al pobre, le preguntó por qué lo había hecho. El pobre, tembloroso, como quien temía verse envuelto en grandes castigos, se quejó de que padecía falta de ropa; y lo probó con su desnudez. Entonces el varón de Dios, conmovido en sus entrañas de misericordia, lo excusó del todo diciendo: «Si hubiera estado bien vestido, de ningún modo habría cometido este hurto. Por tanto, reciba vestidos de nuestra munificencia, aunque sea tarde; y si en adelante, teniendo ropa suficiente, comete

algo semejante, entonces pague por fin lo que ha hecho». Con estas palabras no solo aplacó la ira de los acusadores, sino que movió sus ánimos a la generosidad de la limosna.

28

Ya se ha dicho en alguna medida cuán grande fue la piedad y la compasión de este santo; conózcase ahora por las palabras que siguen cuán perspicaz ingenio tenía contra la perversidad herética. Pues así como desde el principio de la Iglesia naciente no faltaron aquellos por cuya boca el maligno enemigo, ladrando, profirió vanidad contra la fe católica, así, por disposición de Dios, no faltaron quienes defendieran la verdad de la santa fe. Cierto hereje, pues, combatiendo a ciegas, a la manera de los andábatas, la verdad de que el Verbo se hizo carne (Jn 1,14), decía: «Si es el Verbo, no fue hecho; o, si fue hecho, no es el Verbo». Y mientras tronaba esto con gran elocuencia, sucedió que san Wolfgango llegó allí y el emperador Otón le pidió que respondiera a tales razones. Pero él, como estaba en espíritu de humildad, dijo: «Puesto que vestimos el hábito monástico, no nos es lícito disputar». Dicho esto, aquel hereje, lleno de contumacia, repitió las mismas palabras. Al fin el defensor de Cristo, obligado, dijo: «Puesto que has de ser curado no con un antídoto espiritual, sino carnal, dime qué es el accidente». Él respondió con gran arrogancia: «Accidente es lo que está presente o ausente sin corrupción del sujeto». Y el obispo de nuevo: «Di de cuántas formas es el accidente». Y él al punto, traspasado,

según creemos, por la saeta de Dios omnipotente, enmudeció. Entonces el teólogo, instado a la vez por el emperador y por otros, aunque se negó mucho tiempo por ser algo torpe de lengua, expuso brevemente: «El accidente —dijo— es de cuatro formas: uno que ni sobreviene ni se va, como ser aguileño o chato; otro que sobreviene y se va, como la saciedad y el sueño; el tercero que no sobreviene y sin embargo se va, como la infancia y la niñez; el cuarto que sobreviene y no se va, como la vejez y las canas. A semejanza de esto, pues, el Hijo, que es el poder y la sabiduría de Dios Padre, para quien nada es imposible, por causa de nuestra redención se revistió de la humanidad como por un accidente inseparable, sin perder la divinidad. Pero todo esto ha de contemplarse con los ojos de la fe, porque, como dice el bienaventurado Gregorio: "No tiene mérito la fe a la que la razón humana suministra la prueba"». Con estas y otras palabras saludables sazonó de tal modo los corazones de los oyentes que aquel hijo de Belial, dando satisfacción por su error, pidió perdón al egregio doctor. Y el varón de Dios, más pronto a perdonar que a castigar, le impuso alguna penitencia y le prohibió, con el testimonio de Cristo y bajo anatema, que volviera a repetir aquella palabra profana.

29

Entre tan grandes obras de piedad parece que debe exponerse también lo que hizo el siervo de Dios respecto del pueblo de los bohemios. Pues este pueblo, recién imbuido de la fe cristiana,

había abandonado, aunque con tibieza, los ídolos sacrílegos; pero cómo practicar la religión católica lo ignoraba por completo, porque carecía de pastor. Otón el de en medio, emperador, insigne cultor de la religión divina, fue requerido por el glorioso duque Enrique y por otros fieles para que, por amor del Señor, llevara a término con su poder real lo que se había comenzado en aquel pueblo. El emperador dio de buen grado su asentimiento a tales peticiones. Pero, como la provincia de Bohemia pertenecía a la diócesis de la Iglesia de Ratisbona, no podía hacerse sin el apoyo de su obispo. Por eso el rey envió una embajada al obispo, pidiéndole que, recibidas unas fincas a cambio de esa parte de la diócesis, le permitiera crear un obispado en Bohemia. Entonces el varón de Dios, muy alegre por lo que se le había dicho, convocó a sus principales y les pidió consejo sobre cómo dar al emperador una respuesta conveniente. Y como ellos le aconsejaran unánimes que no consintiera en semejante petición, dijo: «Vemos una perla preciosa escondida bajo la tierra de aquella provincia, que no adquiriremos sino a cambio de lo que vendamos. Oíd, pues, lo que digo. He aquí que yo me entrego de buen grado a mí mismo y todo lo mío, para que allí se establezca la casa del Señor mediante una iglesia bien afianzada». Diciendo esto, mandó responder al emperador que consentiría. Y cuando llegó el momento de llevar a cabo el intercambio, lo favoreció con tal presteza que él mismo redactó el privilegio.

30

Tampoco callaremos esto: que a veces, por espíritu de profecía, vio las cosas futuras como si fueran presentes. Lo cual se manifiesta sobre todo en los ascensos de los hijos del insigne duque Enrique. Pues, cuando le llevaban para que los bendijera, como solía ocurrir a menudo, a sus hermosísimos hijos, a Enrique, que después por voluntad de Dios fue hecho rey, lo llamó de antemano rey; a su hermano Brunón lo llamó obispo; a la mayor de sus hermanas, reina; y a la otra, a quien había bautizado y recibido de la sagrada fuente, la llamó abadesa. Estas cosas, pues, y otras muchas que oímos de su boca, las vemos cumplidas tal como él las predijo.

31

En otra ocasión, cuando el mismo bienaventurado Wolfgango, declinando ya el día, había llegado a cierta aldea que vulgarmente se llama Egilolfesheim, mandó a un mensajero que avisara a todos los que vivían en los alrededores y necesitaban la confirmación que vinieran cuanto antes al día siguiente. El mensajero, deseoso de cumplir enseguida la orden, corrió a ensillar su caballo y halló que se lo habían robado. Por eso, muy triste y apenado, no sabía qué hacer. Pues el amor y a la vez el temor lo apremiaban a cumplir rápidamente la orden, pero no tenía modo de cumplirla; porque no había esperanza de buscar otro caballo, ni le alcanzaban las fuerzas para llevar a cabo a pie, con tanta rapidez, el encargo

que se le había dado. Además, la tierra, muy empapada entonces por la lluvia, hacía penosos los caminos para quien iba a pie. Dudando, pues, algún tiempo en tales apuros sobre qué hacer, al fin, confiando en el Señor, eligió cumplir la orden a pie. Y como avanzaba de acá para allá en la noche oscura y resbalaba una y otra vez en el camino lodoso, comenzó a clamar: «¡Ten piedad de mí, Señor, ten piedad de mí; y tú, mi señor Wolfgango, mira cuánto padezco ahora corriendo y resbalando por cumplir tus órdenes!». Y mientras decía esto varias veces entre gemidos, vio muy cerca un caballo parado, con freno y silla puestos. Pensando que aquel caballo no estaría allí sin algún jinete, comenzó a mirar con más cuidado por si su dueño se hallaba cerca, y a la vez preguntó a voces si había alguien allí; pero como, tras mucho gritar y preguntar, nadie respondía ni aparecía, montó en el caballo y cumplió el mandato de su señor. Llegado el día, y reunidos en dicha aldea muchos de los llamados a la confirmación, el mensajero presentó ante todos el caballo hallado, preguntándoles con cuidado de quién era aquel caballo. Pero ni entonces ni después se halló a nadie que dijera que era suyo. Por esto, tanto el mismo mensajero como otros comprendieron cuán grande gracia había concedido Dios al santo obispo Wolfgango, que podía ayudar aun ausente a quienes lo invocaban.

32

Cuando el emperador Otón el de en medio, invadiendo con mano hostil las tierras de los

francos por una injuria que se le había hecho, llegó hasta París, a la vuelta llegó a cierto río que desbordaba la orilla de su cauce con las aguas crecidas. Muchos peligraban allí y perdían la vida en el agua, cuando se acercó con los suyos el verdadero servidor de Dios y, viendo tan gran peligro, miró al cielo y, bendiciéndose con fe a sí mismo y a los suyos, los exhortó sin temor a cruzar el río. Y como ellos aún vacilaban por miedo, y los francos los atacaban con dureza por la espalda, él, el primero de su séquito, cruzó el río en el nombre del Señor, que siempre resonaba en su boca, dio feliz paso a los que lo seguían, y ninguno de los suyos sufrió peligro alguno. Entonces, mientras todos se maravillaban de gozo y alababan al Señor, el humildísimo varón les rogó encarecidamente que no lo publicaran por este milagro.

33

Parece que debe insertarse otro hecho admirable suyo, para que los súbditos se sometan a sus superiores. Pues un día, mientras trataba, como solía, con sus clérigos ciertas cosas necesarias de la religión divina, uno de ellos, llamado Buozzo, le respondió con poca cautela. El santo siervo de Dios, irritándose un poco como por un súbito arrebato, lanzó con solemne imprecación una maldición sobre sus ojos. En cuanto terminó esta maldición, aquel hombre padeció un grave dolor de ojos. Y cuando después el bienaventurado obispo lo vio sentado en el coro con la cabeza cubierta, como acostumbran los enfermos de la vista, movido a misericordia se acercó a él y le pre-

guntó qué dolor padecía. Él se quejó del dolor de ojos y le pidió humildemente su bendición. Compadecido de su dolor, el santo varón le signó los ojos y así le devolvió la salud primera. Pero para que no lo divulgaran por este prodigio, le mandó lavarse la cara, como si ese fuera el remedio.

34

En cierta ocasión, estando sentado el obispo junto a los albañiles en el monasterio de San Pablo, le trajeron una mujer atormentada por un espíritu inmundo. Pero apenas llegó a su presencia, cayó en tierra y comenzó a ser zarandeada miserablemente. El santo siervo de Dios, suspirando, nos dijo a los que entonces estábamos con él: «Si yo fuera digno de obtener algo de Dios omnipotente pidiéndolo, por nada rogaría a Dios con más gusto que porque se dignara librar a su criatura del asalto del maligno enemigo. Pero dejando esto a los que son dignos de ser escuchados por Dios, digamos nosotros entretanto, compadecidos, al menos algunos salmos». Entonces, comenzada la salmodia, derramó por ella una oración entre lágrimas. Y ella, tendida como dormida, tembló en todos sus miembros. Mientras tanto, estando nosotros atentos a lo que haría, él alzó la vista y dijo: «Levantadla, llevadla a casa y, si puede, dadle algo de comer». Levantada y alimentada, comprobamos que había quedado libre, pero ninguno de nosotros se atrevió a divulgarlo.

35

Asimismo, fue llevada ante él otra mujer poseída por un demonio. Pero el varón de Dios, huyendo de los favores humanos, dijo a los que la traían: «¿Por qué me traéis a vuestros enfermos? Llevadla a la iglesia orando por ella; quizá en esto Dios os escuche». Y como era la hora oportuna, los siguió enseguida y celebró la misa. Celebrada esta, salieron todos los presentes, excepto la enferma. Pero uno de los capellanes, escondiéndose bajo una albarda con un fieltro, observaba con mucha atención lo que iba a hacer. Y el santo varón, terminada una breve oración, comenzó a salir. Aquella mujer endemoniada, plantándose ante él, se agitó con furia como solía. Pero él, confiando en Cristo, extendió la palma como si quisiera golpearla y dijo en secreto: «¡Sal, malvadísimo!». Entonces, según declaró el que estaba escondido, se sintió un hedor insoportable. Luego, liberada al instante, cayó y dio gracias a Dios. El bienaventurado obispo, al salir, dijo a los servidores que estaban allí: «Id deprisa y sacad a aquella mujer de la iglesia, y, si quiere, dadle de comer, y prohibidle que vuelva a acudir a nosotros por este motivo». Estas palabras declaran bastante con cuánta destreza y diligencia huyó de toda apariencia de vanagloria, prefiriendo a veces fingirse duro antes que agradar a los hombres.

36

Entre estas cosas tampoco parece que deba omitirse lo que le sucedió a su vicedómino, llamado Tagino, de quien ya hice mención más arriba. Este gozaba de manera especial de la fami-

liaridad del santo varón Wolfgango, y con razón, porque en todo progreso de la fe se sometía a su servicio. Estando, pues, en Weltinópolis en tiempo de verano, un día, como suele suceder en esa estación, comenzaron a bramar los truenos con relámpagos. Por eso el obispo y los que estaban con él, aterrados, se protegieron con toda diligencia de oración. Y mientras los embargaba un terror desmedido por los truenos y relámpagos, al fin retumbó un golpe tan fuerte de la tremenda tempestad que el muro de la misma morada se rajó en gran parte. Entonces el mencionado vicedómino se desplomó tan exánime que todos los presentes lo creyeron muerto o a punto de morir. Pero el obispo, tomándolo de la mano, lo levantó y lo exhortó a portarse varonilmente y a que su corazón se confortara en el Señor; y así devolvió la salud al que estaba medio muerto. Este mismo vicedómino fue elevado después, por munificencia del serenísimo rey Enrique, a la dignidad del arzobispado de Partenópolis.

37

En el territorio de la iglesia de Rubiloco, cierto hombre se había consumido tanto, durante largo tiempo, por una enfermedad contraria, que casi un año entero padecía hastío de la comida y no podía tomar el alivio de los alimentos que la salud exige. Este, pues, enviando un mensaje a san Wolfgango, le suplica humildemente obtener de su bondad algún remedio. Al oírlo, el varón de Dios se excusó de todas las maneras, diciendo que no era de tanto mérito como para poder

alcanzar semejante poder. Y después de considerar largamente cómo evitar el favor popular y a la vez cumplir la petición del enfermo, celebró la misa como por otro motivo y envió al enfermo el cuerpo del Señor por medio de un presbítero fiel. Recibido este, se durmió un poco; luego, tomando el alivio de comida y bebida, disfrutó de nuevo del complemento del descanso. Y así, recobrada la salud del alma y del cuerpo, se levantó dando gracias a Dios, y después siguió sano. Si quisiéramos referir además a quiénes impuso la mano para bendecirlos, y cuántos quedaron libres de su enfermedad al probar el pan que había bendecido, quizá le parecería tedioso al lector. Por eso, omitiendo estas cosas, apresurémonos a escribir su tránsito.

38

Así pues, después de muchas obras de piedad y de justicia con que procuraba servir a Dios y regía la iglesia que se le había confiado, el venerable obispo Wolfgango, muchas veces nombrado y que más veces habrá de nombrarse, hallándose en Ratisbona y dirigiendo su viaje, por exigirlo los asuntos, a la región oriental de Baviera, comenzó a tener fiebre. El varón de Dios, como presintiendo lo que había de venir, se adelantó a esta dolencia corporal no solo con vigilias y oraciones, sino también con limosnas, y envió al tesoro de Cristo, por manos de los pobres, todo cuanto pudo tener; y así, a punto de partir hacia las tierras del oriente, encomendó con asiduas preces el término de su vida a Aquel que no conoce ocaso.

Y cuando, Danubio abajo, llegaron al lugar llamado Pupping, no pudo seguir adelante, porque se acercaba el tiempo de su partida. Allí, pues, visitado por la gracia de lo alto y conociendo que pronto había de cumplirse lo que en otro tiempo se le había revelado en visión, mandó que lo llevaran al oratorio del bienaventurado Otmaro que allí había y lo depositaran ante su altar. Hecho esto, recobrándose un poco de la enfermedad, se incorporó y primero se purificó con la confesión. Después, amonestando con bastante claridad a todos los presentes sobre la fe, la esperanza y la caridad, los encomendó a ellos y a todos los que se le habían confiado a Dios y a sus santos con íntimos suspiros; y así, recibido el viático, se postró en tierra. Entonces los sacristanes y camareros intentaban echar de la iglesia a todos, salvo a los familiares que por costumbre permanecían con él. Pero el varón de Dios se lo prohibió diciendo: «Abrid las puertas; no impidáis entrar a nadie que quiera. Pues nosotros, que somos mortales, no debemos avergonzarnos sino de las malas obras al pagar la deuda necesaria de la muerte; ya que Jesucristo, que nada debía a la muerte, no se avergonzó de morir casi desnudo en la cruz por la salvación del género humano. Mire cada uno en nuestra muerte lo que ha de temer y precaver en la suya. Dígnese Dios tener misericordia de mí, mísero pecador que ahora afronto la muerte, y de cada uno que la contempla con temor y humildad». Dicho esto, cerró con reverencia los ojos y, como reposando en un sueño, descansó en paz.

Así devolvió su alma a los santos astros del cielo. / Si preguntas, lector, el tiempo en que esto sucedió: / fue el día antes de que entrara noviembre.

39

Como todo esto concluyó durante la noche, a la mañana siguiente, mientras preparaban las exequias fúnebres, comenzaron a inquietarse por dónde podrían conseguir un obispo. Entretanto llegó el venerable obispo de Salzburgo, Hartwig, y cierto conde Aribón, carísimo al varón de Dios entre los laicos. También su llegada la había anunciado la noche anterior el venerable obispo Wolfgango, cuando, tras largo silencio y aliviada su dolencia corporal, dijo de repente a los presentes: «Limpiad la casa, preparad hospedaje, porque hoy vendrán a nosotros buenos huéspedes. Y para que creáis que digo verdad, esto os servirá de señal: la nave en que se llevaban los bienes del señor arzobispo Hartwig y del conde Aribón ha naufragado en el Danubio; pero por la misericordia de Dios los hombres se salvaron, y esos mismos señores llegarán aquí poco después de mi muerte». Y así sucedió; y el cuerpo del bienaventurado Wolfgango, recibido por ellos a su llegada junto con una copiosa multitud de fieles, fue llevado con honor a la ciudad de Ratisbona al séptimo día de su tránsito. Allí, después de ser recibido en San Pedro y encomendado a Dios con la celebración de vigilias y misas, lo alzaron con gran reverencia y lo llevaron por cada uno de los monasterios de la ciudad, y por último a la iglesia

del bienaventurado mártir Emerano, cuyo honor había cultivado con íntimo afecto mientras vivió. Allí, celebradas debidamente las solemnidades de la misa y los oficios de las exequias, fue sepultado con magnificencia y honor, duodécimo en el orden de los obispos, número sagrado que con bastante propiedad correspondió a tal varón; y en él mostró después el Señor con diversos milagros que lo había colocado con los príncipes de su pueblo (Sal 113,8).

40

Tras el dichoso tránsito del santo obispo Wolfgango, la gracia divina se dignó mostrar por medio de él muchísimos prodigios y señales; algunos de ellos, por obra de la negligencia y el olvido, no han llegado en absoluto a nuestro conocimiento; otros, en cambio, conocidos por relato fiel, intentaremos explicarlos como podamos. Y ante todo debe decirse esto: cuando los de la comarca, junto con los vecinos del lugar donde murió el santo obispo, se reunieron para construir una basílica mejor y mayor —pues la anterior estaba edificada de madera—, un día, mientras trabajaban en los muros, fue traído un endemoniado. Los obreros, movidos por la misericordia divina, lo tomaron y lo tendieron en aquel lugar donde el santo siervo de Dios exhaló el espíritu; y allí, por los méritos del santo varón, recobró al punto el gozo de la salud. Después aquel lugar fue frecuentado por enfermos de toda clase, y muchos hallaban consuelo con el restablecimiento de su salud; porque, como dice el bienaventurado Gre-

gorio, sucede muchas veces que se obran mayores milagros allí donde se guardan reliquias de los santos que donde están sepultados sus cuerpos.

41

Cierto pobre hombre, que por haber cometido muchos crímenes había sido ceñido con aros de hierro en ambos brazos y por ello era afligido cada día con gravísimos tormentos, después de recorrer muchos lugares santos buscando remedio para aquel suplicio y la expiación del crimen cometido, mirado al fin por la misericordia divina, mereció perder, por los méritos del santo varón Adalberto, la atadura de hierro que llevaba en un brazo. Después, como había oído la fama de san Wolfgango por regiones lejanas, vino a Ratisbona y allí, perseverando en oración ante su sepulcro, quedó libre del tormento del otro aro.

42

Cuando el rey Enrique aún no había obtenido la dignidad de césar o emperador, se le apareció en sueños san Wolfgango en esta visión. Le pareció que, estando en la iglesia de San Emerano, se acercaba a orar al sepulcro del bienaventurado Wolfgango, situado en la misma iglesia. Y mientras allí se esforzaba por suplicar a Dios y a san Wolfgango con íntimas preces, de repente le pareció que el mismo santo estaba a su lado y le hablaba con estas palabras: «Mira con atención las letras escritas en el muro que está junto a mi sepulcro». Y allí, según le parecía, solo estaba

escrito: «Después de seis». Al despertar, el rey Enrique dio largas vueltas en su mente a las brevísimas palabras escritas de esta visión. Al principio, pensando que moriría al cabo de seis días, repartió mucho a los pobres. Pero cuando pasó el número de seis días y no sintió en sí ninguna dolencia corporal, pensó que se refería a seis meses, y comenzó a temerlos. Y pasado también el plazo de este número sin haber sufrido en él enfermedad alguna, juzgó que aquel número se refería a seis años, y por eso comenzó a temerlos como los anteriores. Y cuando hubo pasado el número completo de seis años y llegó, al volver, el día del séptimo año, recibió la dignidad de césar por la consagración apostólica. Entonces, comprendiendo por fin qué significaba su visión, dio gracias a Dios y a san Wolfgango, que se había dignado revelarle tal dignidad.

43

Cierto hombre castigado con la ceguera se acercó al sepulcro del bienaventurado Wolfgango. Y después de derramar allí abundantes preces, fue escuchado, recobró de repente la vista y dio gracias a Dios y al santo obispo.

44

En otra ocasión, una mujer tullida fue llevada por los suyos, con la esperanza de recobrar la salud, a la iglesia del bienaventurado mártir Emerano. En ella, después de buscar con asidua petición los sufragios de los santos, arrastrándo-

se más que andando ante los altares, al fin, rendida por el esfuerzo o por la enfermedad, se sentó en el suelo junto al sepulcro del santo obispo Wolfgango. Y mientras la pobrecilla, abatida de cuerpo y de alma, suplicaba ser ayudada por sus preces y méritos, de repente se soltó la contracción nudosa del costado y de los demás miembros, y se rompió con tal violencia que la sangre derramada corrió por el pavimento. Entonces la mujer, primero aterrada, comenzó a gritar de miedo; luego, saltando sana, dio gracias a Dios y a san Wolfgango.

45

Cierto hombre muy enfermo vino a orar a la iglesia del bienaventurado Emerano. Allí, mientras pedía ser librado por los méritos de los santos de la larga enfermedad que lo aquejaba, se acostó al fin junto a la tumba de san Wolfgango; y allí, felizmente dormido, vio de pie junto a sí a un varón de elevada estatura y venerable por sus canas, y le oyó decir: «¿Qué haces tú aquí, o a qué has venido?». Y él respondió: «Señor, he venido aquí, desdichado de mí, para ser curado de las dolencias que padezco desde hace ya muchos años». Entonces el venerable héroe, tocándolo con el báculo pastoral que parecía llevar, dijo: «Levántate deprisa. Pues he aquí que has quedado sano». Al punto, el que yacía como muerto, despertado del sueño de la enfermedad por los méritos del obispo Wolfgango, saltó en pie y, clamando de gozo cuanto pudo, alabó a Dios y a sus santos.